A. Lean el siguiente texto y **resuelvan** las consignas.

Olor de cacao

El hombre hizo un gesto de asco. Después arrojó la buchada*, sin reparar en que añadía nuevas manchas al sucio mantel de la mesilla.

La muchacha se acercó, solícita, con el limpión* en la mano.

—¿Taba caliente?

Se revolvió el hombre, fastidiado.

—El que está caliente soy yo, ¡ajo*! —replicó.

De seguida soltó a media voz una colección de palabras brutales.

Concluyó:

—¿Y a esta porquería la llaman cacao? ¿A esta cosa intomable?

Mirábalo la sirvienta, azorada y silenciosa. Desde adentro, de pie tras el mostrador, la patrona, expectante.

Continuó el hombre:

—¡Y pensar que esta es la tierra del cacao! A tres horas de aquí ya hay huertas...

Expresó esto en un tono suave, nostálgico, casi dulce...

Y se quedó contemplando a la muchacha.

Después, bruscamente, se dirigió a ella:

—Yo no vivo en Guayaquil, ¿sabe? Yo vivo allá, allá... en las huertas...

Agregó, absurdamente confidencial:

—He venido porque tengo un hijo enfermo, ¿sabe?, mordido de culebra... Lo dejé esta tarde en el hospital de niños... Se morirá, sin duda... Es la mala pata...

La muchacha estaba ahora más cerca. Calladita, calladita, jugando con los vuelos del delantal.

Quería decir:

—Yo soy de allá, también; de allá... de las huertas...

Habría sonreído al decir esto; pero no lo decía. Lo pensaba, sí, vagamente. Y atormentaba los flequillos de randa* con los dedos nerviosos.

Gritó la patrona:

—¡María! ¡Atiende al señor del reservado!

Era mentira. Solo una señal convenida de apresurarse era;

porque ni había señor ni había reservado. No había sino estas cuatro mesitas entre estas cuatro paredes, bajo la luz angustiosa de la lámpara de querosén. Y, al fondo, el mostrador, debajo del cual las dos mujeres dormían apelotonadas, abrigándose la una con el cuerpo de la otra. Nada más.

Se levantó el hombre para marcharse.

—¿Cuánto es?

La sirvienta aproximose más aún a él. Tal como estaba ahora, la patrona únicamente la veía de espaldas; no veía el accionar de sus manos nerviosas, ilógicas.

—¿Cuánto es?

—Nada... nada...

—¿Eh?

—Sí; no es nada... no cuesta nada... Como no le gustó...

Sonreía la muchacha mansamente, miserablemente; lo mismo que, a veces, suelen mirar los perros.

Repitió, musitando*:

—Nada...

Suplicaba casi al hablar.

El hombre rezongó, satisfecho:

—Ah, bueno...

Y salió.

Fue al mostrador la muchacha.

Preguntó la patrona:

—¿Te dio propina?

—No; solo los dos reales* de la taza...

Extrajo del bolsillo del delantal las monedas que colocó sobre el zinc del mostrador.

—Ahí están.

Se lamentó la mujer:

—No se puede vivir... Nadie da propina... No se puede vivir.

La muchacha no la escuchaba ya.

Iba, deprisa, a atender a un cliente recién llegado.

Andaba mecánicamente. Tenía en los ojos, obsesionante, la visión de las huertas natales, el paisaje cerrado de las arboledas de cacao. Y le acalabraba el corazón un ruego para que Dios no permitiera la muerte del desconocido hijo de aquel hombre entrevistado.